

Alberto Cruz Fernández

Cyberpsicosis

| Nass
Papier
Editorial

Prólogo



Me miré al espejo y noté que estaba más flaco y pálido que antes. Llevo algunas semanas comiendo una sola vez al día. En alguna parte de mi cabeza, algo me dice que debo estar flaco y con los huesos de los pómulos sobresaliendo en mi rostro para así redirigir toda mi energía a mi cerebro y así poder combatir las interferencias. Los que están delgados hasta la muerte tienen poderes psíquicos que les permiten combatir hechizos. Las interferencias llevaban ahí mucho tiempo. Sabía lo que tenía que hacer para librarme de ellas. Huir de la oficina y enfrentar a mis enemigos. Debo renunciar. Sin embargo, aún no tengo la claridad suficiente para encontrar una razón de peso que me permita renegar de mi trabajo. Por el momento, tendré que seguir yendo a la oficina con este aspecto demacrado, las ojeras colgándome por debajo de los ojos y el traje desparramado por sobre mis extremidades. Afortunadamente no tengo que usar corbata y sin que los jefes lo noten, llevo zapatillas en lugar de zapatos. Esta pequeña victoria me alegra los matutinos viajes en el metro.

Siempre fui delgado, cuando un desconocido me llama en la calle suele referirse a mi como «flaco». Cuando empecé a ganar dinero, subí un poco de peso porque pude comprar toda la comida que quisiera, pero jamás estuve gordo. La verdad es que la idea de adelgazar y que la piel se me pegara

a los huesos surgió de la nada. Llegó cuando estaba caminando de vuelta a mi departamento, luego de un día de trabajo que no había tenido mayores sobresaltos. Fue uno de esos días que jamás se recuperarían y que se perderían en la selva de la desmemoria. No recuerdo haberme mirado en el reflejo negro de las puertas del metro o haberme disgustado con mi cuerpo al mirarlo en el espejo luego de la ducha de la mañana. Solamente pensé: *debo estar tan flaco como un esqueleto*. Así y sin más argumentos. Luego descubrí que la razón de mi epifanía se debía a que mis jugos cerebrales habían descubierto una manera de luchar la batalla que hasta ese momento estaba perdiendo. Para conseguir el objetivo, comencé a matarme de hambre y a fumar. Supuse que los movimientos musculares de las caladas me ayudarían a definir esa efigie deseada en mi cara y que el humo del cigarrillo me intoxicaría poco a poco, dándome esa apariencia enfermiza que deseaba obtener. Para mi desgracia, soy de estatura mediana por lo que no podría alcanzar el aspecto de largo cadáver andante y, además, cuando me pongo pálido, tiendo a tomar colores verdosos antes que blanquecinos, por lo que la fantasmagoría ideal que tenía en mi mente no llegaría a ser. Cuando me miré al espejo esa mañana pensé que estaba enfermo. Me sentía enfermo. Esas semanas también habían borrado en mí los apetitos normales que se tienen después de largas horas de ayuno. Ahora, al almorzar, sentía de inmediato náuseas y solo un poco de comida me saciaba. Aunque claro está, no dejé de lado mi adicción al azúcar y los chocolates. De todos modos, no aconsejo comer chocolate y fumar al mismo tiempo. Los sabores que se mezclan en la boca no son muy agradables. Sigo comiendo chocolate

porque mi cuerpo lo pide, pero también porque me ata a la tierra. El dulce hace que pueda sentir el aquí y el ahora. Sin el dulce no puedo estar presente y las interferencias comienzan a enterrarme en la arena de mis sensaciones psicodélicas. ¿Puedo llamarlas así? Los brazos se estiran y los asientos se incrustan en el piso. Mis piernas tienen varios kilómetros de largo y mi vientre es apenas una lápida en un cementerio. Sin el dulce, mi mente se viajaría más de lo que ya lo hace. ¿O acaso son los ansiolíticos que me recetó el psiquiatra?

Como dije antes, estoy buscando la excusa perfecta para poder renunciar a mi trabajo. Por unos momentos pensé que quizá podría desmayarme sobre mi escritorio gracias a la falta de nutrientes y un incipiente cáncer que se me estuviera desarrollando gracias al cigarro, pero la verdad es que comprobé rápidamente –gracias a una revisión de los argumentos en mi cabeza– que esa excusa no serviría y, a lo más, solo me permitiría tener un día libre –y sin paga– para la recuperación. Después de todo, no le podía decir a mis jefes que ingería menos de ochocientas calorías al día y que me dirigía rápidamente hacia la desnutrición. Si llegaba al punto del colapso solo me ganaría una licencia médica por un par de semanas y una costosa cuenta del hospital en el que me hubieran forzado a comer, ya fuera abriéndome la boca entre varios gorilas y una enfermera haciendo el *avioncito* con una cuchara o por medio de una sonda. No, mi excusa debía ser mejor. Una excusa libertaria, pero lo suficientemente razonable para que me permitiera renunciar y encender una chispa en el resto de mis compañeros. Y una vez que una ola de renuncias ocurriera en esa compañía (trabajo en una multinacional, de esas que conquistarán el mundo en el

capitalismo avanzado), pronto se alcanzaría notoriedad en las noticias de las ocho de la mañana y de las nueve de la noche. Poco a poco se generaría una revolución en las mentes de tantas y tantos como yo, dedicados a trabajar dentro de los límites legales —que ya son inhumanos— en oficinas destinadas a destruir el espíritu o peor aún, en sus propias casas y habitaciones, intentando hacer que el infierno de la oficina se transporte desde los grandes edificios de los barrios financieros a las moradas de los trabajadores, incapaces de desconectarse de sus responsabilidades —que por cierto son autoimpuestas solamente después de un proceso fetichizante y de alienación bien descritos en la literatura (véase «Muerte al Trabajo y la Amistad» de la UIC-O)—. Los aparatos electrónicos, en su intentona de conquista y guerra cibernética total, nos siguen a todas partes. Lo que acabo de decir no tiene sentido. ¿Alguien entiende lo que quiero decir? Estoy gritando con la boca cerrada. Muchos ojos me vigilan. En fin, una vez que las personas se den cuenta de que el enemigo son nuestros escritorios, computadores, celulares, correos electrónicos, protocolos de internet, los cables submarinos, audífonos, aplicaciones de mensajería instantánea, redes sociales, ondas de sonido, ondas electromagnéticas, la radiación de Schumann, los psicodélicos, el gobierno de los Estados Unidos, las Naciones Unidas, el foro de Davos, la Unión Europea, los franceses, el partido comunista de China, Pfizer, Paul Beatriz Preciado, las cenizas de Michel Foucault y Hollywood; entonces la humanidad entera podrá desprenderse de sus bandejas de correos electrónicos no leídos y la economía se reestablecerá como un campo de dominio de los humanos y no viceversa.

Entonces, ¿cuál es la excusa perfecta para poder renunciar a mi trabajo y, en definitiva, cambiar mi vida?

Sé que hay que trabajar, no soy un holgazán, aunque ha habido momentos de mi vida en que desearía serlo y parasitar de alguien o algo con el simple objetivo de poder ser yo mismo. La gran barrera es que ni yo sé bien quién soy yo en realidad. Soy un hombre. Soy una mujer. Soy un humano demasiado contemporáneo, es decir, no soy capaz de llorar como Aquiles la muerte de Patroclo. Si me doy vueltas en la cama por la noche es porque no soy capaz de soñar ni de pensar, y no por el duelo que me produce la muerte de mi amigo ni la ira que en mí han desatado los troyanos. Soy un ser constituido, fundamentalmente, por un par de recuerdos de mi infancia, la publicidad y el espectáculo. Soy todos y no soy ninguno.

¿Cómo puedo renunciar? Esa pregunta me mantenía en vela y todos los días repetía el mantra «Hoy renunciaré. No seguiré soportándolo. Hoy renunciaré...», pero a pesar de eso, no renunciaba y seguía soportándolo. El miedo a la pobreza y al paro me pulverizaba y me mantenía en un estado de ausencia de mí mismo y de mis verdaderos deseos. Y es que, en verdad, no sabía que iba a hacer una vez que renunciara. Mis ideas revolucionarias no pasaban de ser delirios y yo no quería una revolución, solo quería existir de una manera más simple. Vivir queriendo vivir. No solo mis ideas libertarias me llevaban a querer renunciar. Todo mi ser estaba enfocado en sobrevivir a las voces e interferencias que desde hace meses me aquejan. El trabajo no me permite vivir con normalidad. Es el origen de todos los males. En la oficina se oculta la “tecnobrujería”. Voces. Ruidos. Órdenes.

Alarmas. El mundo de ahora, el mundo ideal de las ciento cincuenta horas semanales. Interferencias y voces continuas que se entremezclan con mis propios pensamientos. ¿Quién podría vivir de esta manera?

Pero para entender mejor por qué mi objetivo vital era renunciar a mi trabajo, debería explicar primero cómo llegué a este estado y por qué escribo este pequeño diario, blog o guía. Si quieren saber la razón principal, deben leer este libro y digerirlo y luego pueden seguir con la lectura lineal (o no) del texto. Solo sé que no puedo seguir así, con la cabeza taladrándome a cada instante.

En fin, lo que quiero decir es otra cosa.